



El sueño de Noa

Había una vez, en un pueblo tranquilo entre montañas suaves y campos de flores, una niña llamada Noa. Tenía siete años y era tan curiosa como valiente. Una noche, mientras la luna llena iluminaba el cielo y las estrellas brillaban como diamantes, se preparó para acostarse.

Se puso el pijama, dio las buenas noches a sus padres y se tumbó en la cama, rodeada de peluches y arropada con su manta favorita. Aunque estaba cansada, le costaba cerrar los ojos. Su cabeza seguía llena de aventuras e historias maravillosas.

Noa formuló un deseo en silencio y empezó a imaginar un mundo de magia. De pronto se encontró en un bosque encantado, donde los árboles susurraban secretos antiguos y las flores brillaban a la luz de la luna. Cada hoja y cada brisa parecían guardar un cuento de hadas.

Mientras paseaba conoció a Òscar, un búho sabio de ojos grandes y amables. Se ofreció a acompañarla hasta el valle de los sueños, un lugar donde los niños encontraban historias dulces para descansar.

—En el valle, cada estrella representa un sueño —le explicó.



Juntos volaron sobre los árboles y los arroyos, que parecían cantar canciones de cuna. Noa observaba aquel paisaje con asombro, sintiendo cómo la calma llegaba poco a poco.

El lago de los sueños

Por fin alcanzaron un claro iluminado por las estrellas. En el centro había un lago sereno donde la luna dibujaba reflejos de luz.

—Aquí te esperan tus sueños —dijo Òscar, señalando el agua.

Noa se acercó. En el reflejo vio viajes a países lejanos, amistades con criaturas fantásticas y descubrimientos de tesoros escondidos. Eran las aventuras más hermosas que había imaginado.

Mientras miraba, empezó a sentirse somnolienta. Los párpados le pesaban y una sensación de tranquilidad la envolvía. Comprendió que era momento de dejarse llevar. Dio las gracias a Òscar y se tumbó junto al lago, acompañada por el murmullo del bosque.

Poco a poco, el valle y los árboles se desvanecieron. Noa estaba de nuevo en su cama, respirando suave y profundamente. La compañía del búho y la calma de aquel lugar imaginado la habían ayudado a descansar. Ahora dormía plácidamente, soñando con nuevas aventuras.

Noche tras noche, cuando se sentía inquieta, recordaba aquel viaje y buscaba sus imágenes tranquilas: el lago, las estrellas y el vuelo sobre los árboles. A menudo se quedaba dormida con una sonrisa.

Y así, Noa siguió descubriendo mundos nuevos en sus sueños, hasta que los rayos cálidos del sol la despertaban y empezaba otro día lleno de cosas por conocer.